

## El amor al prójimo

Estábamos reunidos, una tarde de otoño de 1902, en el gran salón de la casa de Iasnaia-Polianna. En el cuarto contiguo, la condesa y una de sus amigas tocaban al piano una sinfonía de Beethoven. Tolstoi, con una voz lenta, hablaba de los problemas de la vida, del amor al prójimo.

—No es difícil amar á quienes se hallan distantes de nosotros: la humanidad, el pueblo! Lo importante es saber amar á nuestro prójimo, como quien dice, á los seres que nos rodean, con los que nos topamos diariamante, que nos irritan y nos hacen sufrir. Es á éstos á quienes importa, sobre todo, querer y perdonar. Esto no lo logra todo aquel que quiere. Tan pronto como uno se olvida de ello un solo minuto, se aparta del buen camino.

Uno de éstos últimos días, atravesaba el parque, abismado en mis reflexiones, cuando una mujer que me había seguido, me pidió no recuerdo qué. En ese momento llenaba mi espíritu una idea preciosa y temía que se me escapara.

—Vamos! qué quieres? Dímelo, qué quieres? Repetí en tono áspero á la turbada mendiga. Por qué me... importunas?

Por dicha me contuve á tiempo y me serví de una palabra cortés, pero sucede á veces que no se recobre uno del todo, ó si se recobra es ya demasiado tarde. Así, recientemente, iba á caballo por la carretera, perdido, como de costumbre, en mis sueños... Oprimido por un vago malestar, sentía confusamente que algo me inquietaba. Qué era eso? Me detuve y reflexioné. Y de pronto me acordé que algunos minutos antes había pasado junto á un pobre inválido, sin darle mi limosna habitual, contentándome con saludarlo distraídamente. Dí media vuelta y partí al galope. Pero no pude alcanzar al inválido. Seguí mi camino, afligido de haber descuidado una obra muchísimo más importante que mis escritos. En efecto, mis obras no son más que bagatelas, y se trataba de socorrer á un desgraciado!

Vigilémonos severamente cuando tengamos algo que ver con los demás; la más mínima debilidad nos arrastra al pecado. Hagamos el bien, pero en vez de esperar una afectuosa gratitud de quienes favorecemos, alistémonos para esperar de ellos la calumnia, las persecuciones, el desprecio.

Siempre ha sido y debe ser así. Sería demasiado bello hacer el bien y que nos recompensaran por eso! Al contrario, arreglémonos de modo que nuestros beneficios no encuentren aprobación alguna. Imitemos al rico, que aburrido de ser un imbécil fanático, enemigo de los pobres, los apedreaba con escudos. Los pobres recogían las monedas que les arrojaban, burlándose de la estupidez de su extraño benefactor.

Y Tolstoi se puso á reír alegremente.

## En torno de la parva

Después de un medio día de setiembre de 1901, Tolstoi, armado de una horquilla, estaba entre sus discípulos que le traían de una pradera no distante del jardín, brazados de avena olorosa, mezclada con flores y trébol; Tolstoi los recibía, y moviendo ágilmente el busto, los echaba en el montón.

A veces, cuando había amontonado el último brazado sin que le trajeran otro, erguía su alto cuerpo y decía en tono triunfal:

—Voy más ligero que vosotros! Qué haceis, pues?

Concluida la parva, Tolstoi le emparejó los lados con un rastrillo. El sol se ponía y los discípulos, hombres y mujeres, se apresuraban á formar el último montón.

—Animo!, les gritó Tolstoi. Según los viejos, no se debe trabajar después de anochecido.

Terminada la tarea en absoluto, el conde lanzó un suspiro de alivio. Sus compañeros le rodearon, y después de sacudirse las ramillas de avena pegadas á las ropas, se sentaron en torno de la parva.

Uno de ellos le preguntó de pronto:—Maestro, no crees que el mal es necesario y que si no existiese tampoco existiría el hombre?

—El pensamiento es bello!, le contestó Tolstoi animado, pero es erróneo. El hombre ha nacido del bien y no del mal. Hojeaba yo días atrás una colección de leyendas antiguas y leí algunas con entusiasmo. He aquí una que, á mi juicio, resuelve la cuestión que ahora nos ocupa:

«Habiendo descansado Dios de sus múltiples trabajos, pensó en crear un nuevo sér, engendrado por la unión maravillosa del cielo y de la tierra.

—No lo crees, dijo severamente el ángel de la Verdad, porque mancillará tu santuario por gusto, exaltará el Error, y la Tentación reinará sobre la tierra.

—No lo crees, suplicó el ángel de la Justicia, porque será cruel, no amará más que á sí mismo y tiranizará á los demás. Será sordo á los gritos de dolor de su prójimo y los gemidos de las víctimas no llegarán hasta su corazón.

—Anegará la tierra en sangre, añadió el ángel de la Paz y el asesinato será su obra cotidiana. El horror de la ruina aniquilará á los pueblos y el miedo á la muerte violenta se infiltrará en las almas.

Y la frente del Todopoderoso se anubló: la unión maravillosa del cielo y de la tierra le pareció cosa vil y despreciable. Y en su voluntad eterna maduraba ya la resolución de no crear aquel sér, cuando la Misericordia, su hija menor y predilecta, compareció ante su trono. Abrazóse á las rodillas del Padre y suplicó:—Créalo! Si todos tus servidores te abandonan, yo iré en su auxilio y yo transformaré en cualidades sus defectos y sus vicios. Yo le protegeré para que no se aparte del camino de la Verdad. Yo inclinaré su alma á la compasión. Yo le enseñaré á ser misericordioso con el débil.



